

XXVII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Tallien insistió porque me acompañara el hombre del baston, que era su vigilante, su guardia de Corps.

Volví á casa de la viuda de Condorcet por el mismo camino que habia tomado para ir á casa de Tallien.

Sentia una impresion extraña.

Tal vez acababa de ser la intermediaria entre el brazo que debe herir y el pecho que debia recibir el golpe.

Habia tomado involuntariamente una parte activa en lo que debia sucederme al dia siguiente.

Que sirviera el puñal para herir á Robespierre ó al mismo Tallien, el resultado era que yo habia entregado el puñal.

Mientras que habia estado en mi poder, ínterin que me dejaba llevar por el deseo de salvar á mis amigas, no habia pensado en ello; pero al verlo pasar á manos de Tallien, comprendí que era su cómplice.

La fiebre que me habia sostenido mientras que no cumplí mi cometido, me abandonó al encontrarme en la calle.

Habia cesado el ruido; pero sin embargo, en la grande arteria de Paris, la calle de San Honorato, tan pasajera siempre, se encontraba bastante gente.

Tuve la curiosidad de ir hasta la casa del carpintero Duplay. Todo estaba cerrado.

Ni un rayo de luz filtraba por las ventanas.

¿Dormian con la tranquilidad de una conciencia pura?

¿Velaban en la oscuridad y en el silencio con la turbacion de una imaginacion agitada?

Dí las gracias al hombre del baston al llegar á la casa que me servia de asilo, y le puse una moneda en la mano.

—La tomo por curiosidad, ciudadanita, me dijo; porque hace largo tiempo que no he visto ninguna.

Subí á mi entresuelo: cerré las persianas, pero dejé las contraventanas abiertas. No podia dormir: estaba inquieta por mis dos amigas.

En la tarde del dia siguiente todo se habria decidido. Yo, que no habia temblado por mí misma; que habia visto sin palidecer el cuchillo de la guillotina y los rayos de sol, que se reflejaban en él y en la sangre de treinta personas, temblaba por aquellas dos presas, á las que conocia hacia pocos dias, que eran extrañas para mí, pero que me habian estrechado en sus brazos cuando me veia tan sola en el mundo.

Por lo que habia presenciado en la sesion de los jacobinos, juzgaba del ascendiente que tenia Robespierre sobre la multitud.

—Beberé la cicuta, habia dicho con la misma serenidad que Sócrates.

Y un coro de fanáticos se unió á él diciendo:

—Todos participaremos de ella.

Nuestros amigos, ó mejor dicho, nuestros aliados, ¿tendrian valor, no solo de empezar el combate, sino tambien de continuarlo? ¿Tendrian la fuerza para impregnarse y seguir el consejo de Sieyés?

—La muerte sin frases.

El génio necesita muy pocas palabras para expresar el pensamiento; para hacerle comprender en el presente, en el porvenir y dejarlo esculpido en bronce.

A no dudarlo, era Sieyés, el hombre que en aquella reunion enarbolaba la bandera del talento, más elevado que los otros.

Pero si bien era el génio, no era el hombre de accion ni de ejecucion.

Cerca de las tres cerré la ventana y me acosté.

Pero mi sueño fué febril, y en él tuve ensueños insensatos.

Lo único que se agitaba en mi cerebro eran las palabras de Siyés, que pasaban y repasaban sin cesar como la péndola de un reloj.

En aquellas frases se encerraba la sentencia de Robespierre.

Cuando empezaba á conciliar el sueño, llegó el día: me desperté á las ocho ó las nueve. Me pareció oír ruido en la calle; corrí á la ventana precipitadamente y la abrí.

A la puerta del carpintero Duplay habia un grupo de jacobinos, y muchos entraban y salian: sin duda iban á tomar órdenes de Robespierre.

En medio de aquella multitud se detuvo un hombre, fijó en mí sus ojos, y su mirada pasó por entre las persianas entreabiertas.

Las cerré rápidamente; pero fué tarde, porque me reconoció.

Dos minutos despues llamaban á la puerta, la que abrí sin temor ninguno.

Era el comisario, mi protector: le hice entrar y le rogué que se sentara, porque me pareció que estaba cansado.

—No es oferta que debe desecharse, me dijo; estoy estenuado de cansancio: toda la noche la he pasado de pié.

Los partidos están frente á frente, y el combate se dará hoy.

—¡Oh! le dije, os confieso que desearia asistir á esa batalla; ¿en dónde creéis que debe tener lugar, en los jacobinos ó en la Convencion?

—En la Convencion, ciertamente; allí se alberga la legalidad, y Robespierre es el hombre de la legalidad.

—¿Cómo haria para asistir á la sesion? Estoy sola, y para entrar en la Convencion habrá mucha dificultad.

—Tomad esta tarjeta, me dijo; la sesion empezará á las once: comed pronto alguna cosa que os permita permanecer hasta que se concluya la discusion.

Al salir me encontrareis allí; por si me necesitais, ya sabeis que podeis mandar.

—Si os fuera posible disponer de una hora, podriais hacerme un gran favor.

—¿Cuál? Decid.

—Ir á los Carmelitas, y procurar de un modo ó de otro que le dijeran á Teresa Cabarrús que habian hecho su encargo; lo celebraria mucho, os lo aseguro.

—Puedo hacer más, añadió el comisario; para despistar á los lebreles, haré que las muden de cárcel; si Tallien sale mal en su empresa, la primera orden de Robespierre será condenar á su querida. Pues bien, ínterin la buscan en los Carmelitas y averiguan á dónde ha sido trasladada, se pasarán dos ó tres días, y en las actuales circunstancias es mucho ganar tres días.

—¡Oh! si se obtiene buen resultado, ¿qué podriamos hacer por vos? exclamé.

—Cuando llegemos á ese caso, replicó, como todo pasará por las manos de Barrás, de Tallien y de sus amigos, no será difícil que pida algo... en fin, veremos: ahora ocupémonos de las presas y de la sesion de hoy, que será muy importante.

—Pues bien, convenido, le dije; partid, no perdais un momento, os lo ruego, y pensad que estarán angustiadas y medio muertas de inquietud y de incertidumbre.

—¿No teneis aquí nadie que os sirva? me preguntó.

—Nadie.

—Bien. Ahora al bajar os enviaré algo del café para almorzar; dos huevos frescos y un poco de caldo, ¿no os parece bien?

—Perfectamente, y os lo agradeceré... Partid.

No os olvidéis que en cuanto almorceis es preciso vayais á la Convencion para que veais todo lo que pasa hoy.

Media hora despues estaba instalada en la tribuna inmediata á la del presidente.

A las once se abrió la sala y las tribunas se llenaron de gente, como yo habia previsto; pero lo que manifestaba la profunda inquietud que embargaba á los miembros de la Asamblea era que estos llegaban en corto número.

Primero, de los setecientos diputados que habian proclamado la república el 21 de Setiembre de 1792, faltaban más de doscientos, que habian sucumbido en el cadalso.

Era terrible ver sitios vacíos en los bancos, pues cada uno de ellos era una tumba.

En el centro un espacio tan vasto como un fosa general: era el sitio de los girondinos. En la Montaña el banco de Danton, el de Héroult de Séchelles y el de Fabre de Eglantine.

Aquí y allá espacios vacíos, bancos que desde que estaban desocupados nadie había querido ocuparlos.

Aquellos vacíos acusadores, ¿á quién se le debían?

A un hombre.

¿Quién había dado el golpe á los veintidos girondinos, por boca de Danton?

¿Quién había herido á los veinticinco franciscanos, por boca de San Justo?

¿Quién hirió á Chaumette?

¿Quién á Hébert?

El mismo, y siempre el mismo.

Que se interrogara á esos bancos vacíos, á esas tumbas, fuera una por una, fuera simultáneamente, y todas repetirían un nombre: Robespierre.

Para los conjurados eran aquellos sepulcros cómplices terribles.

En los días de las sangrientas represalias, he visto siempre que toma más parte la mano de los muertos que la de los vivos.

Y la víspera en los jacobinos, aquel hombre había tenido la debilidad de ofrecer, ó la fuerza de mandar que se purificase la Convencion.

¿Cuántos entrarían en aquella purificación?

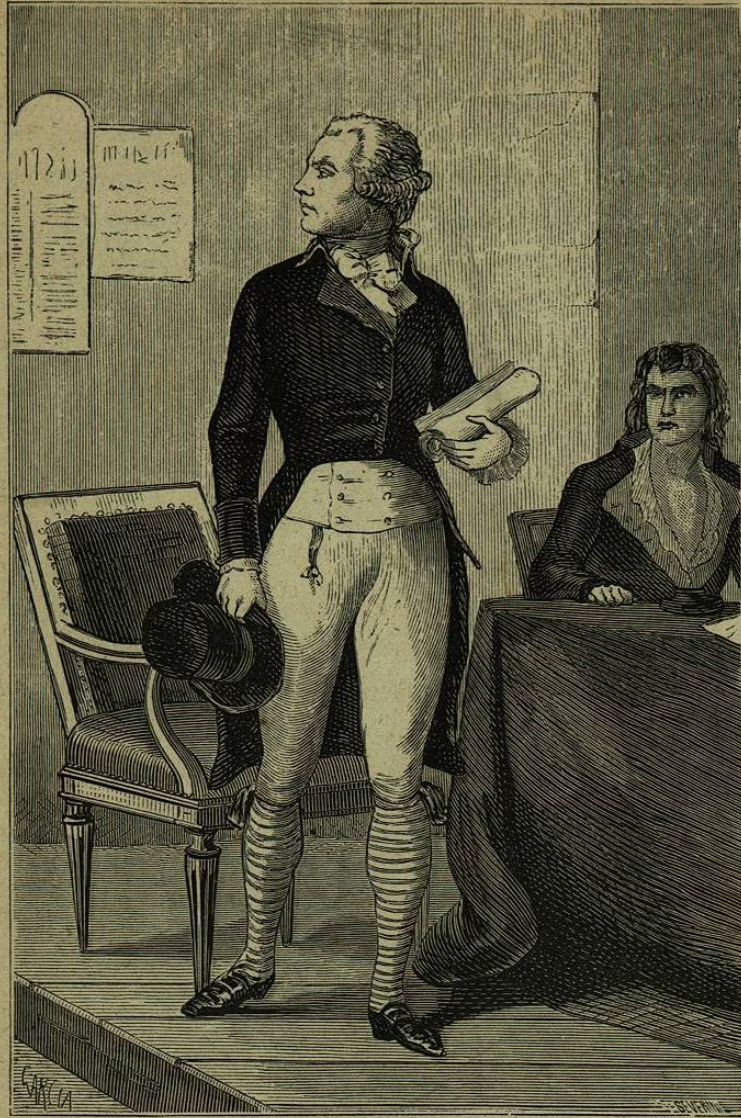
Lo ignoraba: como Sylva, podía contestar: *no lo sé*.

Poco á poco iban llegando los diputados: estaban cansados, y más que cansados, inquietos.

Se veía que pocos habían pasado la noche en su lecho. Unos porque conspiraban, otros porque temían les prendieran.

Su vista buscaba... ¿qué buscaba? Lo que buscan los ojos cuando se prepara un gran acontecimiento, cuando se cierne una tempestad en el cielo, cuando se aproxima un temblor de tierra.

¡Lo desconocido!



ROBESPIERRE.

Al entrar había visto las oleadas del pueblo, que aguardaba amenazador y entregado á la ociosidad.

Eran las doce y todavía no había llegado Robespierre. Herido en su amor propio por el golpe del día anterior, decían que no entraría en la Convención sino á la cabeza del Ayuntamiento armado, y lo que servía de punto de apoyo á esto mismo era que Hénriot, embriagado como de costumbre, acababa de hacer colocar sus cañones en batería en la plaza del Carrousel.

Tampoco Tallien había parecido en la Cámara de sesiones; pero no se ignoraba que estaba en la sala de la Libertad con sus amigos, y que como era preciso pasar por aquella sala para entrar en la de la Convención, detenía á su paso á todos los diputados, se quedaba con algunos y enviaba á sus puestos á los otros con la lección enseñada.

¿Esperaban á Robespierre como esperaban á César, Bruto, Casio y Casea? ¿Le darian allí de puñaladas, *sin frases*, como había dicho Sieyés.

Un murmullo prolongado anunció la entrada de aquel que aguardaban con tanta impaciencia, y tal vez algunos con más temor que impaciencia.

El que hubiera podido analizar aquel rumor, hubiese encontrado algo de todo, desde la amenaza hasta la especulación y la lucha.

Desde el día célebre de la fiesta del Sér Supremo, jamás había ostentado Robespierre tanto lujo en su traje.

Llevaba un frac azul barbo, calzon claro, chaleco de piqué blanco con flecos.

Su marcha era lenta y firme. Lebas, Robespierre el menor y Couthon, sus fieles parciales, le seguían.

Tomaron asiento en derredor suyo, y ni miraron, ni saludaron á nadie.

Sin embargo, desde su sitio veían con cierto desden, que no podían ocultar á los jefes de la Llanura y de la Montaña, que irreconciliables hasta aquel día, entraban, síntoma amenazador, del brazo uno de otro.

Hubo un momento de silencio.

Poco despues entró San Justo, llevando en la mano el discurso que pensaba leer, discurso que debia derribar á los comités y renovarlos con hombres adictos á Robespierre.

El partido jacobino, temiendo la impetuosidad de aquel jóven, habia exigido la víspera que leyera el discurso á una comision antes de pronunciarlo en la Convencion.

Pero no habia tenido tiempo: acababa de escribir la última línea. Su palidez y el círculo negro de sus ojos manifestaban lo que habia pensado para escribirlo.

Fué á la tribuna: detrás de él entró una oleada de diputados con Tallien á la cabeza. Collot d'Herbois, el enemigo personal de Robespierre, ocupaba el sillón de la presidencia.

Lo habian escógido expresamente, y por si le faltaba el valor, á su lado estaba un hombre al que no le faltaria energía, un dogo partidario de Danton, Thuriot, aquel que si lo recuerdas, mi Jacobo, votó tan encarnizadamente la muerte del rey, que desde entonces en lugar de Thuriot le llamaron *Tue-roi* (mata-rey). Fuera descuido, fuera desprecio, olvidó San Justo pedir la palabra; subió derecho á la tribuna y empezó su discurso.

Pero apenas pronunció las primeras palabras, cuando Tallien, con una mano dentro del pecho, sin duda empuñando el puñal de Teresa, dió dos pasos hácia adelante y dijo:

—Presidente, pido la palabra que ha olvidado pedir San Justo.

Un estremecimiento recorrió todo el auditorio. Comprendian que aquellas palabras eran una declaracion de guerra.

¿Qué diria Collot d'Herbois?

¿Dejaria la tribuna á San Justo? ¿Se la daria á Tallien?

—Tiene la palabra el ciudadano Tallien, dijo Collot d'Herbois.

Reinó un silencio profundo. Tallien subió á la tribuna y sacó del pecho su mano crispada.

—Ciudadanos, dijo, en lo poco que acaba de decirnos San Justo he comprendido que se congratulaba de no pertenecer á ningun partido. Tambien yo pretendo lo mismo, y por esto quiero haceros oír la verdad. Tal vez os sorprenderá; pero resonará hoy, pues

desde hace algunos dias no se hace sino sembrar la mentira y la inquietud.

Ayer se aisló un miembro del gobierno y pronunció un discurso, no en general, sino en particular.

Hoy otro iba á hacer lo mismo; esas individualidades no sirven sino para agravar los males de la patria, destrozarla y precipitarla en el abismo. Pido que se descorra la cortina por completo.

—Sí, gritó desde su banco Billaud Varennes, más pálido y sombrío que de costumbre; sí; ayer la sociedad de los Jacobinos votó la purificacion de la Cámara. ¿Y qué es ese voto? Parece imposible y se resiste creer que hayan votado la muerte de los de la mayoría, que rechazaron la votacion en favor de la publicacion del discurso de Robespierre. Es decir, que esa mayoría, que esa purificacion se compone de doscientos cincuenta de entre nosotros.

—¡Imposible! ¡Imposible! gritaron por todos los ángulos de la sala.

—Collot d'Herbois y yo estábamos en los Jacobinos, ciudadanos, y lo hemos escuchado, escapando por milagro á los puñales de los asesinos.

¡Allí, allí, allí! continuó señalando á la Montaña; allí veo uno de los que levantaron el puñal sobre mí.

Al escuchar estas palabras se levantó una tempestad de gritos.

—¡Prendedle, detenedle, á la cárcel!

Billaud le nombró: era un nombre desconocido para el auditorio, pero conocido de los porteros de estrados, los que se arrojaron sobre él y le detuvieron. Despues de esto reinó una agitacion en la Asamblea, como sucede siempre en una sesion tempestuosa, precursora de grandes acontecimientos.

—La Asamblea, continuó Billaud, no desconocerá que se encuentra entre la espada y la pared: si es débil, aunque sea por una hora, está perdida.

—No, no, exclamaron todos los miembros de la Convencion subiéndose en los bancos y agitando sus sombreros; no; arrollará y hundirá á sus enemigos. Habla, Billaud, habla. ¡Viva la Convencion! ¡Viva el comité de salvacion pública!

—Pues bien; puesto que hemos llegado al momento de las aclaraciones, continuó Billaud, pido que contesten todos los individuos que sean interrogados por la Asamblea. Os estremecereis de horror cuando sepais la situacion en que nos encontramos, cuando sepais que la fuerza armada está á las órdenes de los parricidas, y que Henriot es el cómplice de los conspiradores.

Temblareis cuando sepais que hay aquí un hombre (y lanzó una mirada feroz á Robespierre), que cuando se trató de enviar diputados á los departamentos, estudió la lista de los convencionales, y de setecientos individuos, no encontró veinte dignos de aquella mision.

En todos los bancos se escuchó un murmullo del orgullo herido, rumor imponente y amenazador.

—¿Y es Robespierre, continuó Billaud, el que nos decia ayer, el que se atrevió á decirnos que se habia alejado del comité porque estaba oprimido?

No lo creais: Si se alejó, ha sido porque, habiendo dominado por espacio de seis meses al comité, este, cansado de su dominio, se ha rebelado contra él y ha organizado su defensa.

Felizmente se retiró en el momento en que queria que se aceptara el decreto del 22 prairial, ese decreto de muerte, que nos hizo á cada uno de nosotros llevar la mano á la cabeza, como para sostenerla sobre los hombres.

Millares de voces interrumpieron á Billaud, no para sostener sus acusaciones, sino para afirmarlas.

Reinó un instante el silencio; pero era uno de esos silencios como la calma que precede á la tempestad y que encierra un mundo de amenazas.

XXVIII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Aquel silencio presagiaba de tal modo la tormenta, que las miradas de aquellos hombres se cruzaban como relámpagos.

—Sí; ciudadanos, prosiguió Billaud Varennes; sabed que el presidente del Tribunal revolucionario, al que le está casi prohibida la iniciativa, propuso ayer en los jacobinos, en esa sociedad no solo enemiga, sino hasta ilegal, que se proscribiesen y se borrasen de la Convencion los nombres de aquellos diputados que habian osado resistir á Robespierre.

Pero el pueblo me escucha, añadió Billaud volviéndose á las tribunas; ¿no es cierto, pueblo, que velas por tus representantes?

—¡Sí, sí! El pueblo está aquí, gritaron á una voz los de las tribunas.

—Desde hace algun tiempo hemos presenciado un espectáculo extraño, y es que los mismos que invocan sin cesar la virtud y la justicia, son los que primero se atreven á hollar la justicia y la virtud.

¿Cómo? Hombres aislados que no conocen á nadie, que no se mezclan en intrigas, que salvan la Francia organizando la victoria, ¿esos hombres son conspiradores? ¿Y en el mismo dia en que, gracias á sus consejos y á su plan de campaña, vuelve Anveres á ser tomada á los ingleses por la Francia, vienen los conspiradores y les acusan de traicion en este recinto?

El abismo está delante de nosotros; los verdaderos traidores es-